

Fernando de Valencey, y trasladarle a un puerto de España, ofreciendo ejecutar por sí mismo el pensamiento. Agradó este al monarca británico, y apoyado por el ministro marqués de Wellesley, embajador que había sido cerca del gobierno español, diéronse al baron documentos y papeles que acreditaran su persona ó inspiraran confianza á Fernando (1), y proveyéronle de pasaportes, itinerarios, estampillas y sellos. A su regreso los esperaba á él y al príncipe en Quiberon una escuadrilla con viveres para cinco meses. Con esto, y con letras abiertas contra la casa de Maensoff y Clanoy, y con diamantes que para un caso llevaba, emprendió su marcha aventurera. Mas á los pocos días de haber llegado á París, y cuando se preparaba á proseguir su empresa, fué descubierta la trama, dicen que por su mismo secretario, al ministro de Policía Fouché, quien le encerró en el castillo de Vincennes (marzo de 1810). Parecióle al ministro que era buena ocasión de sondear el ánimo del príncipe español, y propuso á Kolly que fuese á Valencey y siguiera representando su papel, prometiéndole en recompensa su libertad y asegurar la suerte de sus hijos. Kolly rechazó con dignidad tan inícuca propuesta, prefiriendo los calabozos de Vincennes á conducirse como traidor (2).

En vista de su repulsa valióse la policía de un cierto truhan llamado Richard, á quien encomendó que fingiendo ser el mismo Kolly, y llevando sus mismas credenciales y documentos, se introdujese en el palacio de Valencey en traje de buhonero, y so pretexto de vender objetos curiosos viesse de hablar á Fernando, y presentándole los papeles proponerle la fuga. Hízolo así el bellaco de Richard, avocándose primero con Amézaga (2 de abril); mas apenas se enteró Fernando de la proposición, fuese que comprendiera ser el tal emisario un echadizo de la policía, fuese que faltara al príncipe valor para la fuga, ó que quisiera hacer méritos con Napoleón, con quien de nuevo anhelaba emparentar (que todas estas interpretaciones se dieron, y no es fácil en tales casos averiguar la verdad), no solo se mostró irritado de la propuesta, sino que lo hizo denunciar todo al gobernador Berthemy, á quien escribió también él mismo (4 de abril), diciéndole entre otras cosas: «Lo que ahora ocupa mi atención es para mí un objeto del mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta adopción, que verdaderamente haría la felicidad de mi vida, tanto por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M. como por mi sumisión y entera obediencia á sus intenciones y deseos.» El gobernador Berthemy lo puso todo en conocimiento del ministro de Policía (6 de abril), y sobre ello se formó un proceso, continuando el baron de Kolly encerrado en los calabozos de Vincennes (3).

Llegaban en verdad en mala ocasión, así el emisario verdadero como el fingido; pues por una fascinación lamentable (ni nueva, ni transitoria, pues le duró por desgracia mucho tiempo) se hallaba entonces Fernando muy empeñado en congraciarse con Napoleón, y se desviaba por hacersele acepto y agradable, como quien otra vez aspiraba, como al colmo de la dicha, á enlazarse con una princesa de la familia imperial. Cuando Napoleón, verificado el divorcio con la emperatriz Josefina, casó con la archiduquesa María Luisa de Austria, nuestro confinado de Valencey que antes le había felicitado por sus triunfos, le dirigió el mas lisonjero pláceme por sus bodas, encargando al conde de Alberg le pusiera en las manos imperiales (21 de marzo); y no contento con esto, y para mostrar mejor su entusiasmo, hizolo celebrar con fiestas

(1) Eran aquellos documentos una carta original de Carlos IV, escrita en latín, al rey de Inglaterra, cuando Fernando casó en segundas nupcias con la princesa María Antonia de Nápoles, y dos escritas del mismo monarca inglés para el angusto prisionero. Hoy se encuentran unas y otras traducidas é impresas.

(2) En efecto, permaneció en ellos (y no fué poca fortuna que no le impusiesen mayor castigo) hasta la caída de Napoleón. Despues vino á España, y obtuvo de Fernando, bajo ciertas condiciones, un privilegio para introducir harinas en la isla de Cuba con bandera española.

(3) Todas estas cartas y documentos se publicaron en el Monitor del 26 de abril, y traducidas por don Juan María Blanco se insertaron también despues en las Memorias de Nellerro, tomo II.

y regocijos en su palacio de Valencey, fiestas en que no se escasearon los vivas y los brindis al emperador y á la nueva emperatriz (4). El objeto de estas demostraciones descubrióse bien á los pocos días (4 de abril), en la carta á M. de Berthemy de que acabamos de hacer mérito, en que ya le revelaba su deseo de ser hijo adoptivo de Napoleón. Si así era, lo cual parece inverosímil y repugna creerlo, ¿cómo había de aceptar el proyecto de evasión con que en tales circunstancias se le convidaba?

Napoleón, á quien interesaba presentar á Fernando á los ojos de la Europa, y principalmente á los ojos de los españoles, como un príncipe que le estaba enteramente sometido, que no pensaba ya ni en el trono ni en las cosas de España, y por quien los españoles harían muy mal en seguir derramando su sangre, hacia publicar todas estas cartas en el Monitor, como antes había publicado las cartas de Aranjuez pidiéndole una de sus sobrinas por esposa, y las felicitaciones por sus victorias dirigidas desde Valencey. Fernando, no comprendiendo sin duda los artificiosos designios de Napoleón, y conduciéndose como un inocente, en vez de sentir esta publicidad le daba gracias por ella, y le decía: «Señor, las cartas publicadas en el Monitor han dado á conocer al mundo entero los sentimientos de perfecto amor de que estoy penetrado á favor de V. M. I. y R., y al propio tiempo mi vivo deseo de ser vuestro hijo adoptivo.... Permitid, pues, Señor, que deposite en vuestro seno los pensamientos de un corazón que, no vacilo en decirlo, es digno de pertenecer por los lazos de la adopción. Que V. M. I. y R. se digne unir mi destino al de una princesa francesa de su elección, y cumplirá el mas ardiente de mis votos. Con esta unión, además de mi ventura personal, lograré la dulce certidumbre de que toda Europa se convencerá de mi inalterable respeto á la voluntad de V. M. I. y que V. M. se digna pagar con algun retorno tan sinceros sentimientos.... (3 de mayo).»

Aunque los ejemplares del Monitor no se esparcian entonces mucho por España, hicieron no obstante venir algunos, porque interesaba al gobierno francés de Madrid y de París hacerlos conocer, y fué en efecto conocida esta correspondencia, no de todo el pueblo por fortuna, pero sí de bastantes españoles, y lo fué del Consejo de España é Indias, donde además el consejero conde de Torremuzquiz la denunció, añadiendo: «Que sabía que el emperador de los franceses tenía decretado el enlace de nuestro monarca Fernando VII con la hija de su hermano José, intruso rey de España, declarándole en su virtud príncipe de Asturias con derecho á la corona de España, aun cuando su hermano tenga hijo varón, con la cualidad de que en lo sucesivo no se ha de nombrar Fernando de Borbon, sino Fernando Napoleón, por haberle declarado S. M. I. su hijo adoptivo á consecuencia de la carta que Fernando VII le había escrito (5).»

Los españoles que conocían los documentos insertos en el Monitor teníanlos por apócrifos, y los miraban como una invención pérfida de Napoleón á fin de desconceptuar á Fernando para con los que por él se sacrificaban. Y no es extraño que pensaran así, porque si parece inverosímil que toda aquella correspondencia fuese fraguada por el gobierno imperial con un designio inicuo, sin que el interesado en ella reclamase de calumnia, y se quejase de la injuria que se le infería, no parece menos inverosímil que el cautivo de Valencey se prosternase á tal extremo, y correspondiera de un modo tan inaudito á los sacrificios que por él esta nación generosa estaba haciendo. Así lo interpretó el Consejo, atribuyéndolo á

(4) Descripción de estas fiestas hecha por el gobernador Berthemy en comunicación al ministro de Policía Fouché.

(5) Sesión del Consejo de 9 de junio de 1810. Señores que asistieron: el decano del Consejo, don Manuel de Lardizabal, don Bernardo de Riega, don José María Puig, don Sebastian de Torres, don José Navarro, don Antonio Ignacio de Cortabarría, don Ignacio Martínez de Villela, don Miguel Alfonso Villagomez, don Vicente Duque de Estrada, don Tomás Moyano, don Pascual Quilez, don José Salcedo, conde de Torremuzquiz, don Ignacio Omnibrian, don José Pablo Valiente, don Tadeo Galisteo, don Antonio López Quintana, el baron de Casa Davalillo, don Francisco López Lisperguer, don Lope Peñaranda, don Francisco Javier Romano, don Vicente Alcalá Galiano, don Antonio Ranz Romanillos.

## CAPÍTULO XI

## PORTUGAL.—MASSENA Y WELLINGTON

## La guerra en toda España.—Situación del rey José

(Junio á fin de diciembre)

1810

Fuerza militar francesa que había en España y su distribución.—Preparativos para la famosa expedición á Portugal.—Sitio de Ciudad Rodrigo.—Capitulación y entrega de la plaza.—Abandono en que la dejaron los ingleses.—Proclama de Massena á los portugueses desde Ciudad-Rodrigo.—Sitio y toma de Almeida.—Desaliento de los ingleses y firmeza de Wellington.—Los franceses en Viseo.—Ataque y derrota de estos en la montaña de Busaco.—Retirase Wellington á las famosas líneas de Torres-Vedras.—Descripción de estas posiciones.—Detiense Massena.—Fuerza y recursos respectivos de ambos ejércitos.—Impasibilidad de Wellington.—El francés hostigado por todas partes.—Misión del general Foy á París.—Auxilios al ejército francés.—Sucesos de Extremadura, del condado de Niebla y del Campo de Gibraltar.—Expediciones de Lacy.—Estado del bloqueo de la Isla.—El general Blake en Murcia.—Invade este reino el general Sebastiani.—Retirase escarmantado.—Acción de Baza, desgraciada para los españoles.—Sucesos de Valencia.—Desmanes del general Caro.—Es reemplazado por Bassecourt.—Aragón y Cataluña.—Celebre sitio de Tortosa.—Operaciones de los generales franceses Macdonald, Suchet, Habert y Leval.—Id. de los españoles O'Donnell, Campoverde y otros.—Audaz y hábil maniobra de O'Donnell sobre la Bisbal.—Dificultades del sitio de Tortosa.—Movilidad y servicios de Villacampa.—Cómo fué llevada la artillería francesa por el Ebro.—Ataque terrible de la plaza.—Capitula la guarnición.—Organización y servicio de las guerrillas en toda España.—Revista de los principales guerrilleros que se movían en cada provincia y en cada comarca del reino.—Disgustosa y desesperada situación del rey José, y sus causas.

A mas de 300,000 hombres hacen subir los escritores españoles las fuerzas que tenía Napoleón en España en junio de 1810: á 270,000 las reducen los historiadores franceses que quieren ser tenidos por mas imparciales (2). «Con tan considerables fuerzas, dice uno de estos (y éranlo en verdad, aun suponiendo que no excedieran de la última cifra), lisonjébase el emperador de someter fácilmente las plazas de Cádiz y de Badajoz, y de arrojar el ejército inglés de Portugal, creyendo poder dispensarse ya de disimular mas tiempo sus proyectos sobre la España.» La expedición á Portugal era sin duda el pensamiento que preocupaba mas á Napoleón, la empresa en que había mostrado mas interés, y de la que mas se prometía. Como principio de ella, y para no dejar aquel padrastró á la espalda, era menester apoderarse de la plaza española de Ciudad-Rodrigo, fronteriza de aquel reino, cuyo sitio dejamos pendiente en el anterior capítulo, defendiéndose heroicamente los sitiados. Muchos fueron sus actos de heroísmo.

El 25 de junio comenzaron el ataque general los cañones, obuses y morteros de las siete baterías enemigas, y el 26 batieron en brecha, y derribaron el torreón llamado del Rey. El 28, habiendo llegado ya á su campo el mariscal Massena, intimó Ney á su nombre la rendición de la plaza. «Despues de 49 años que llevo de servicios, contestó serenamente el bravo gobernador Herrasti, conozco las leyes de la guerra y mis deberes militares.... Ciudad-Rodrigo no se halla en estado de capitular.» Soldados, hombres y mujeres de la población participaban del espíritu de aquel denodado jefe; ayudábanle

(2) Estaban distribuidas de la manera siguiente: ejército del Mediodía, en Andalucía, los cuerpos 1.º y 4.º; mariscales Víctor y Sebastiani; general en jefe el duque de Dalmacia; fuerza, 55,000 hombres.—ejército de Cataluña, 7.º cuerpo, mariscal Macdonald, duque de Tarento; fuerza, 36,500.—ejército de Aragón, 3.º cuerpo, mariscal Suchet; fuerza, 27,000.—ejército del Centro, Castilla la Nueva, general en jefe el rey José; fuerza, 19,000.—ejército de Portugal, cuerpos 2.º, 6.º y 8.º; mariscales Reynier, Ney, Junot; general en jefe, Massena; fuerza, 64,000.—Extremadura, 5.º cuerpo, mariscal Mortier; no consta su fuerza.—Asturias y Santander, general Bonnet; 13,000 hombres.—Valladolid, Palencia y Toro, general Kellermann; 16,000.—Burgos, general Dorsenne; 10,500.—Vizcaya, Thouvenot; 10,000.—Navarra, general Dufour; 7,000.—Camino de Valladolid, tropas de refresco que entraron de Francia, 9.º cuerpo; general conde de Erlon; 12,000.

una insidiosa maniobra de Napoleón, enderezada á desacreditar á Fernando y enajenarle el amor de sus súbditos, á ganar en España por la astucia y las malas artes lo que veía serle ya muy difícil, si no imposible, por la fuerza y por las armas, ó á preparar acaso por este medio la realización del enlace matrimonial que se suponía solicitaba Fernando.

Parecióle no obstante al Consejo materia harto grave, y pasó la moción de Torremuzquiz á informe de sus dos fiscales, para que expusieran lo conveniente en negocio de tanta entidad para la nación. Evacuado por estos el informe, y visto y aprobado en Consejo pleno, se acordó excitar á la Regencia á que hablara á los españoles de ambos mundos de un modo solemne y por medio de un manifiesto, á propósito para tranquilizar los ánimos, y que entre tanto se detuviera la salida de todo buque para América á fin de impedir que se trasmitieran antes á aquellos países tan alarmantes noticias. Pero lo notable de esta consulta era que á juicio del Consejo el remedio mejor y mas eficaz para destruir los nuevos artificios de Napoleón y salvar el trono y la nacionalidad española era la pronta celebración de las córtés. «El Consejo entiende (decía) de absoluta necesidad y de sumo interés que en el manifiesto se asegure la pronta celebración de las córtés, y que se cumpla y realice luego luego esta grande obra, pues ella es el medio mas prudente, el mas poderoso, y acaso el único que puede salvarnos.» Y mas adelante: «Las córtés para luego luego, y del mejor modo posible, pueden ser nuestro remedio.» Y por último: «Urgen, señor, las córtés; y no hay reparo en que se celebren legítimamente con los diputados posibles, porque la necesidad dispensa y recomienda lo mismo que en otras circunstancias no debería ejecutarse.... (1).» Concluía la consulta pidiendo la libertad de la imprenta, como un medio conveniente á la defensa y felicidad de la nación.

Ideas notables, y en verdad bien extrañas en boca de una corporación que pocos meses hacia se había mostrado hasta desafecta á la celebración de córtés, y que en su famosa consulta de 4 de febrero pidió, y lo consiguió, que en la fórmula del juramento de los regentes se suprimiera lo que se refería á la convocatoria, diciendo que no se tratara de córtés mientras no mudara mucho el estado de la nación. Pero cualquiera que fuese la causa de esta novedad en las opiniones del Consejo, sus últimos deseos se vieron cumplidos, puesto que al tiempo de poner los ministros sus rúbricas en la consulta (19 de junio), se encontraron con un decreto de la Regencia, convocando las córtés del reino para el próximo mes de agosto.

Dado cuenta de este interesante episodio político, cumples ahora volver á las operaciones militares que dejamos pendientes.

(1) Consulta del Consejo de 17 de junio.

gustosos en todo, y nuestros artilleros, dirigidos por el brigadier don Francisco Ruiz Gomez, hacían en los enemigos grande estrago. No contento Massena con las obras de ataque de Ney, dedicóse activamente á mejorarlas. El 3 de julio, despues de porfiadas acometidas, ocuparon los franceses el arrabal de San Francisco, aunque volviendo luego los nuestros sorprendieron en él al enemigo y le mataron mucha gente. Con esto se enardecian mas cada día; pero redoblando tambien su fuego las baterías francesas, el 8 abrieron una brecha hasta de 20 toesas en la muralla alta. Esperando habian estado siempre los nuestros el socorro del ejército inglés, que tan cerca se hallaba, no comprendiendo cómo pudiera faltarles; mas no solo les faltó, sino que se supo con admiracion y asombro que se alejaban en vez de aproximarse (1). Entonces de conformidad el gobernador y las demás autoridades resolvieron capitular (10 de julio).

Invitado fué el gobernador Herrasti por el mariscal Ney á pasar á su campo para tratar de la capitulacion, y así lo hizo. Elogios recibió el veterano español, y bien los merecia, del mariscal francés, por su buena defensa; anticipóse este á ofrecer condiciones honrosas quedando la guarnicion prisionera de guerra, y así lo cumplió. Solo fué cruel con los individuos de la junta, á quienes con ignominia condujeron á pié hasta Salamanca, trasportándolos á Francia despues. Tambien el duque de Rivoli (Massena) en su parte hizo el debido honor á aquella defensa, diciendo: «No hay idea del estado á que está reducida la plaza de Ciudad-Rodrigo: todo yace por tierra y destruido; ni una sola casa ha quedado intacta.» Compréndese el disgusto y enojo de los españoles por el comportamiento de lord Wellington, á quien ni los ruegos de los defensores y autoridades de Ciudad-Rodrigo, ni los del gobierno, ni los del marqués de la Romana que á propósito desde Badajoz pasó en persona á su cuartel general, lograron persuadir á que se moviera en socorro de la plaza. Se entien-de que el resentimiento de semejante abandono impulsara á hombres como don Martín de la Carrera á unirse al marqués de la Romana separándose desde entonces del ejército aliado, y no queriendo servir ya en él. Concedemos que Wellington tuviera motivos razonables para huir de aventurar una batalla con el ejército francés, superior entonces al suyo; mas si prudente fué acaso su inmovilidad como general del ejército británico, dudamos que tal prudencia fuera tan compatible con sus deberes y compromisos como aliado de España, que bastara á sincerarle y absolverle por completo de las censuras que de su conducta se hicieron en aquella ocasion.

Conveniente al francés no dejar estorbos por aquella parte á la espalda del reino lusitano. A este fin destacó algunas fuerzas para ahuyentar al general Mahy, que desde el Vierzo habia avanzado á Astorga y la tenia estrechada: otras se encargaron de arrojar de Alcañices al partidario Echevarria, que se defendió brava y tenazmente, bien que perdiendo en su retirada bastante gente acuchillada por la caballería francesa; y á otro general, en fin, se le encomendó apoderarse de la Puebla de Sanabria, pequeña y débilmente fortificada villa que ocupaba con alguna tropa don Francisco Taboada y Gil, el cual por lo mismo la desamparó fácilmente. Pero poco despues fué recuperada por los españoles, haciendo prisionera la guarnicion, y para tomar definitivamente posesion de ella costó á los franceses enviar otra vez en agosto una division de cerca de 6,000 hombres.

Desde Ciudad Rodrigo dió Massena una proclama á los portugueses, diciendo entre otras cosas, que se hallaba al frente de 100,000 hombres; cómputo acaso mas modesto que exagerado, si se contaba no solo la gente que á la sazón tenia consigo, sino la que le obedecia en Asturias, en Leon, en Castilla y en Extremadura, y aun los 20,000 guardias jóvenes que Napoleón habia ofrecido seguirian al 9.º cuerpo para cubrirle la espalda. Menos exactos nos parecen algunos escritores franceses en la fuerza que atribuyen al ejército anglo-lusita-

(1) A los pocos dias se leían en el Monitor de Paris estas frases: «Los clamores de los habitantes de Ciudad-Rodrigo se oían en el campo de los ingleses, seis leguas distante, pero estos se mantuvieron sordos.»—Las palabras llevaban la intencion que se deja comprender, pero eran verdad.

no, pues suponen constaba de 30,000 ingleses y 40,000 portugueses disciplinados, sin contar las milicias organizadas y las partidas sueltas. No era ciertamente la fuerza numérica la principal dificultad que tenia que vencer el ejército invasor: era lo quebrado y accidentado del terreno, lleno de ásperas montañas y de profundos valles, con poquísimos caminos practicables para el arrastre de la artillería; era la falta de víveres en un país poco abundante, y en que las poblaciones tenían orden de la Regencia para abandonar bajo pena de la vida sus moradas á la aproximacion de los franceses y para llevar consigo ó destruir todo género de subsistencias. Tampoco le favorecia la especie de rivalidad, ó al menos poca concordia que habia entre el príncipe de Essling y el duque de Elchingen (Massena y Ney), ambos de carácter indomable, no muy conformes en pareceres, hecho á mandar el uno, poco acostumbrado á obedecer el otro, y de los cuales cada uno tenia sus apasionados y detractores.

La segunda plaza que Massena habia de tomar segun instruccion expresa de Napoleón era la de Almeida. Once baterías con sesenta y cinco bocas de fuego plantaron contra ella los franceses (del 15 al 20 de agosto). Sin embargo, la plaza estaba bien fortificada y municionada; con muy vivo cañoneo contestaban tambien los sitiados, y elementos habia para esperar que se defendiera mas tiempo que Ciudad Rodrigo. Mas hizo la fatalidad que al anochecer del 26 (agosto) una bomba arrojada por los sitiadores incendiara los almacenes de pólvora del castillo antiguo situado en medio de la ciudad, y volándose con horroroso estruendo, con la explosion se desmontaron los cañones, se aporillaron los muros, se arruinaron ó resintieron casi todas las casas, y hasta quinientas personas perecieron bajo sus escombros. Aprovecharon los franceses el estupor producido por aquel horrible desastre para intimar la rendicion, hubo dentro además un motin acudillado por un oficial portugués, y el gobernador tuvo que entregarse quedando prisionera de guerra la guarnicion. Sospechóse connivencia en los de dentro con portugueses que estaban en el campo francés, y la sospecha no debió ser infundada, puesto que de los prisioneros no pocos oficiales y soldados, así de línea como de milicias, se alistaron en las banderas francesas.

Mucho desalentó á los ingleses la pérdida de las dos plazas; desanimados escribían los oficiales, y el mismo gobierno británico daba á entender que no le pesaria la retirada de su ejército. Solo Wellington se mantuvo firme, confiando todavía en sus medios y en sus planes. Lo que hizo fué replegar á la izquierda del Mondego, estableciendo su cuartel general en Gouvea. El general Hill observaba en el Alentejo al francés Reynier, que permanecia con el 2.º cuerpo en Extremadura. Massena con el 6.º y 8.º se fijó en las cercanías de Almeida. La dificultad de los víveres, la mala voluntad de los pueblos, y las guerrillas españolas que le ponian no poco embarazo, le detuvieron allí cerca de un mes, con harta impaciencia y extrañeza de Napoleón, que desde lejos no comprendia las causas de aquella especie de inaccion. Al fin, despues de muchas vacilaciones, despues de ordenar á Reynier que se le uniese con el 2.º cuerpo, racionados los tres para trece dias, movióse por Celórico y Viseo en direccion de Coimbra. El 18 de setiembre entraron las avanzadas francesas en Viseo, encontrando desierta la ciudad, y el 20 llegó el grueso de las tropas, no sin que la artillería y bagajes fuesen atacados por el coronel inglés Traut, causándoles alguna pérdida y deteniéndolos dos dias mas, cuya detencion perjudicó mucho á Massena.

Porque entre tanto Wellington, que tambien habia andado perplejo, excitado acaso por los clamores que contra su conducta en Portugal se alzaban, habiendo tambien dispuesto que se le incorporase la division de Hill, situado sobre la orilla izquierda del Alva, detrás de la sierra de Murcela, teniendo á su derecha la de la Estrella y á su izquierda el Mondego, donde con sus tropas y con las portuguesas que colocó á retaguardia reunia unos 50,000 hombres. Los dias que los franceses se detuvieron de mas en Almeida bastaron para que Wellington llegara antes que ellos á la Sierra de Alcoba, de modo que cuando el 26 de setiembre avanzó Ney á la falda

de la sierra, ya el ejército anglo-lusitano coronaba la cresta de la montaña delante de Busaco. Han dicho despues algunos que si el ejército francés hubiera acelerado su marcha y acometido 36 horas antes, habria sido batido el inglés con probabilidades de destruirle. Sea lo que quiera de estos pronósticos militares que suelen hacerse despues de los sucesos (1), empeñóse allí al dia siguiente (27 de setiembre) la batalla, al parecer no por gusto de Massena, sino movido este por los deseos de otros jefes, y por una carta que vió del mariscal Ney, la cual picó su amor propio, y quiso acreditar que no era menos resuelto que sus subordinados.

Empinada, escabrosa y agria como era la montaña, dió orden Massena de embestirla. Hicieronlo las tropas de Reynier con tal arrojo, que encaramándose á la cima la enseñorearon por un rato, arrollando una division inglesa; mas luego fueron desalojadas, despeñándose de la cumbre abajo con gran pérdida. Ney que la subia por otro punto, despues de sufrir á la mitad de ella un vivísimo fuego, fué cargado á la bayoneta, y sus tropas cayeron precipitadas en las honduras y barrancos. El combate duró poco, y sin embargo perdieron los franceses sobre 4,000 hombres, quedando prisionero el general Simon, muerto Grandorge, y heridos Foy y Merle. Comprendió el príncipe de Essling que era temeridad querer apoderarse de la sierra; mandó retirar su ejército á la desfilada, disimulando estos movimientos con falsos ataques, y atravesando la sierra de Caramuela por un camino de que le dió noticia un paisano, dirigióse con sus tropas á Coimbra sin encontrar al paso obstáculo serio. La ciudad habia sido tambien abandonada por los moradores, pero tan precipitadamente, que aun encontraron en ella los franceses víveres y recursos que sirvieron de cebo y desordenado pasto á los soldados. Merced al desorden y al saqueo, no pudo Massena moverse de allí hasta el 4 de octubre, detencion que fué tambien beneficiosa á los ingleses.

No sacó en verdad Wellington del triunfo de Busaco el partido que era de esperar, pudiendo decirse en este punto de la accion de la Sierra de Alcoba algo parecido á lo de la batalla de Talavera. Dieron, sí, los ingleses una nueva prueba de su valor, y los portugueses comenzaron á inspirar confianza, porque acreditaron que sabian batirse con denuedo. Por lo demás, Wellington emprendió tambien su retirada en busca de las famosas posiciones ó líneas de Torres-Vedras que cubrian á Lisboa, preparadas de antemano. Las tropas cometieron en la marcha tales demasías, que hacian recordar las del mal parado ejército de Moore, pero mucho menos disimulables las de ahora, siendo como era un ejército bien alimentado y no vencido: para reprimir tales desmanes tuvo el general en jefe que imponer severísimos castigos, y prohibir á muchos regimientos entrar en poblado. Viéronse además comprometidos y apurados varios cuerpos, inclusa la division Crawford, primero en Leiria, despues en Alcobente y en Alenquer, acosándolos con su natural impetuosidad y viveza los franceses. Tampoco faltó á estos su contratiempo, pues habiendo dejado á su salida de Coimbra los enfermos y heridos, con varios oficiales de administracion, en dos conventos fortificados y custodiados por una pequeña guarnicion, fueron sorprendidos, atacados y hechos prisioneros por la columna del coronel inglés Traut, que los trasladó á Oporto, donde los entregó á los ultrajes del populacho, á fin de excitar, decia él, el entusiasmo de la poblacion. Al fin fueron entrando los ingleses en las líneas de Torres-Vedras, y no tardó en llegar á ellas el ejército francés, quedándose aborto Massena al encontrarse con unas fortificaciones de por sí maravillosas, y que ni conocia ni esperaba.

Coronaban estas líneas, que tanta celebridad adquirieron, unas alturas escarpadas, con profundos barrancos á su pié, empalizadas y erizados de cañones (2). Wellington habia he-

(1) El mariscal Jourdan, refiriéndose en sus Memorias á estos dichos, justifica de esta censura al antiguo vencedor de Zurich, y entre otras reflexiones hace la de que parece olvidarse que el 8.º y 2.º cuerpo no habian llegado todavía, y hasta la noche no se incorporaron al 6.º

(2) En el tomo 7.º de las Memorias de Massena por el general Koch, se hace una descripcion de estas memorables fortificaciones de la natu-

cho construir estas obras sin revelar á nadie su plan; en el mismo ejército inglés apenas eran conocidos estos trabajos, y se ignoraba su objeto. Massena se paró ante esta posicion formidable. Distribuyó y colocó sus tropas en Sobral, Villafranca, Orta y Villanova, separadas del enemigo por un valle. Hecho un cálculo de sus fuerzas y medios, y no considerados suficientes para forzar las líneas, de acuerdo con los otros jefes resolvió enviar á Paris el general Foy para informar al emperador de su situacion y pedirle refuerzos, esperando entre tanto la llegada del 9.º cuerpo y la formacion de la guardia joven que habia de servirle de reserva. Wellington, seguro en aquel formidable atrincheramiento y teniendo libre el mar, iba reforzando su ejército; las bajas se cubrieron con tropas de Inglaterra y de Cádiz; y además pasó de la Extremadura española á unirsele el marqués de la Romana con 8,000 hombres en dos divisiones mandadas por D. Carlos O'Donnell y D. Martín de la Carrera. Iban entrando tambien en aquel recinto defendido por 600 bocas de cañón, las milicias de Lisboa y de la Extremadura portuguesa, y todo el que podia y estaba en edad de llevar armas. De modo que á fines de octubre habia dentro de las líneas 130,000 hombres, de ellos 70,000 de cuerpos regulares. «Tan enorme masa de gente, observa con oportunidad un escritor español, abrigada en estancias tan formidables, teniendo á su espalda el espacioso y seguro puerto de Lisboa, y con el apoyo y los socorros que prestaban el inmenso poder marítimo y la riqueza de la Gran Bretaña, ofrece á la memoria de los hombres un caso de los mas estupendos que recuerdan los anales militares del mundo.» Wellington, siempre circunspecto, no se movia de las líneas, esperándolo todo de su impasibilidad. Así estuvieron por espacio de un mes ambos ejércitos.—Veamos cuál era la posicion en que se encontraban Massena y los suyos.

Ellos no podian dar un paso adelante, porque no podian forzar las líneas; los víveres les escaseaban, porque el país les era enemigo; por la espalda los hostigaba la milicia del Norte de Portugal, con la cual se daba la mano la de Beira Baja, y á esta la apoyaba una columna móvil española que mandaba don Carlos España, operando por el lado de Abrantes, villa fuerte que ocupaban los aliados. Las partidas de Leon y de Castilla les cortaban las comunicaciones é interceptaban los socorros. El general Mahy ocupó por dos veces á Leon, y sobre haber tenido en este país algunos reencuentros favorables, conseguia entretener al enemigo y obligarle á mantener en las riberas del Ebro y del Orbigo fuerzas bastantes, que por lo mismo no podian acudir á Portugal. Aunque luego fué nombrado Mahy capitán general de Galicia, á fin de que estuviese en una mano la autoridad superior militar y la direccion de las fuerzas activas, no adelantaron mas las operaciones por aquel lado. En Asturias, á donde se extendia tambien el mando de Mahy, imprimió algun movimiento, y hubo encuentros varios, aunque para los nuestros no ventajosos, acaso por falta de plan, y de poco concierto entre los jefes, de los cuales solian retirarse unos cuando avanzaban otros, no produciendo esta manera de pelear otro efecto que tener en sobresalto continuo á los franceses y obligarlos á conservar allí considerable número de tropas. Fueron sin embargo notables las expediciones navales que desde los puertos de Asturias emprendió el intrépido Porlier, tal como la que hizo á la costa de Santander, entrando en Santoña, cogiendo prisioneros, desmantelando baterías, y alarmando por allí á los franceses; como lo fueron otras atrevidas empresas que así por tierra como por mar solia acometer aquel infatigable caudillo.

Por la parte de Extremadura tampoco podia recibir el ejército francés de Portugal auxilio de importancia. El mariscal Mortier que habia quedado allí con el 5.º cuerpo, veíase de continuo incomodado por nuestras tropas y guerrillas: y aun-

raleza y del arte, situadas cerca de Lisboa en el camino de Coimbra, Extremadura portuguesa. Forman una especie de isla entre el Tajo y el mar. Miles de operarios habian trabajado en ellas mas de un año hacia bajo la direccion de ingenieros ingleses. No se sabe qué admirar mas, si la prevision de Wellington, si la reserva y misterio que guardó en la construccion y en el objeto de estas obras.